



Algar

COLLECCIÓ
CALCETÍN

Marvin, el limpiabotas

Dolors
Garcia i
Cornellà

Dibujos de
Josep Vicó



Al país donde vive Marvin le llaman «el de la eterna primavera», porque hace frío muy pocas veces. Siempre hay un sol amarillo y deslumbrante colgado del cielo, y en la tierra crece de todo durante todo el año. Allí no hay invierno, ni verano, ni otoño. Allí, en Guatemala, siempre es primavera.

Marvin tiene siete años y, si viviera aquí, seguramente haría una fiesta con sus amigos el día de su cumpleaños, tendría la habitación llena de pósteres, y una cama blanda, y come-

ría algo a la hora de almorzar, y a la de comer, y a la de merendar, y a la de cenar. También iría al colegio, y cuando saliera por la tarde, iría a natación, y a clase de inglés o de música, o al entrenamiento de fútbol. Pasearía por la calle y vería los escaparates de las tiendas llenos de cosas bonitas, y los domingos iría con su familia a comer a un buen restaurante. En invierno iría a esquiar y, en verano, pasaría las vacaciones a la orilla del mar. Si Marvin viviera aquí, seguramente tendría un anorak nuevo cada temporada. Y unos zapatos.

También puede ser que, aunque Marvin viviera aquí, no hiciera ninguna fiesta de cumpleaños con sus amigos, ni fuera a esquiar en invierno, ni a comer a un restaurante todos los domingos. Puede que tampoco fuera a natación ni a informática al salir del colegio, y que aprovechara el anorak que se le hubiera

quedado pequeño a algún vecino. Puede que no tuviera una cama demasiado blanda y que no pasara las vacaciones de verano a la orilla del mar. Pero si Marvin viviera aquí, seguro que tendría zapatos, aunque sólo fuera un par. Eso, seguro.

Pero Marvin, que no vive aquí sino en el país de la eterna primavera, va siempre descalzo. Siempre. Por su casa, por las calles del pueblo y por los caminos de montaña. Siempre va descalzo, Marvin. Porque resulta que no tiene zapatos.

Pero, a pesar de ir siempre descalzo, se pasa el día limpiando los zapatos de los demás.

Veréis.

Marvin tiene cuatro hermanos pequeños: Lionel, Marilena, Gilberto y Danilo, que sólo tiene tres meses. Su madre, Alma, está un poco enferma, porque ha tenido los cinco

hijos en muy poco tiempo, en sólo siete años, y no se alimenta bastante ni duerme lo suficiente. El padre de Marvin trabaja lejos, en la selva, cortando árboles para hacer sitio a una carretera. Se pasa tres meses fuera de casa. Después vuelve, está cinco o seis días con la familia, le da un poco de dinero a Alma, besa muchas veces a sus hijos y se vuelve a la selva, a cortar árboles.

Marvin y su familia viven en un pueblo que tiene un nombre muy bonito, Chichicastenango. No me digáis que no es un nombre bonito... ¡Si hasta parece que cantes, cuando lo dices! ¡Chichicastenango! De todas maneras, la gente suele llamarlo Chichi. En las calles de Chichi ponen un mercado muy grande y muy importante los jueves y los domingos. Y entonces llegan muchos turistas para pasear, hacer fotografías y comprar.

Marvin vive a las afueras de Chichi, en una casa hecha de latas de todos los colores, cuadrada y pequeña, tan pequeña como el comedor de cualquiera de nuestras casas. Puede que nuestro comedor no sea pequeño, pero tenemos que pensar que Marvin y su familia lo tienen todo en ese espacio: la cocina, el comedor, los colchones, todo. En casa de Marvin no hay luz ni agua, ni gas ni teléfono, ni radio ni televisión. En vez de luz, encienden velas. Y van a buscar el agua a la fuente de la plaza, cargados con cubos. Cocinan con un pequeño fuego de leña que encienden en el suelo. Y, en vez de hablar por teléfono, de oír la radio o de ver la televisión, Marvin, su madre y sus hermanos hablan, ríen, chillan, juegan, se enfadan o se abrazan.

Como el padre de Marvin tardaba más en volver a casa que las otras veces, a Alma se

le acabó el dinero que le había dejado. Y no podía ir a trabajar porque todos los días se desmayaba una o dos veces, y también porque tenía que ir al lavadero de la plaza a lavar la ropa, y tenía que ir a buscar leña por la cuneta de la carretera para poder encender el fuego, y por las noches no podía dormir porque Danilo, que ya hemos dicho que sólo tiene tres meses, lloraba sin parar. Y cuando no se duerme y no se descansa bien, por la mañana se ve todo mucho más complicado. Y Alma, cuando se despertaba cada día con la primera luz del alba, ya sentía dentro una pena muy grande, una pena tan inmensa que la hacía desesperar, porque ya no tenía dinero pero tampoco podía ir a trabajar. Porque, si iba, ¿qué haría entonces con los hijos más pequeños?

Y así fue como un día, cuando el sol empezaba a abrir los ojos, la mujer despertó a Mar-

vin, que dormía bien abrazado a Marilena y a Lionel, en el colchón que había al lado de la puerta.

—Marvin, ven —le dijo bajito, para no despertar a los otros.

Y Marvin, que, aunque no se lo había dicho nadie, sabía que estaba en el mundo para escuchar a su madre y para hacerle siempre caso, sobre todo ahora que su padre estaba tan lejos, se levantó de un salto.

—¿Qué pasa, mamá? ¿No te encuentras bien?

No le gustaba ver a su madre enferma, o cayendo al suelo sin sentido, aunque fuera sólo por unos instantes.

—¿Aviso a Mariana, mamá?

Mariana era una vecina, bastante mayor que la madre de Marvin, que vivía sola unas casas más allá y que siempre había cuidado a

Marvin, a sus hermanos y a su madre como si fueran su propia familia.

–No, no, estoy bien...

La puerta de la casa estaba abierta y, a contraluz, Marvin se dio cuenta de que había alguien en el umbral.

–Ven, Marvin, ven –decía la madre, algo nerviosa.

Marilena se removió en el colchón estrecho y húmedo. Danilo estornudó.

–¡Que vengas! –repitió la madre, impaciente.

Alma no tenía que repetirle muchas veces las cosas a Marvin, pero aquel día el niño sintió una sensación extraña, como si un aire diferente y perturbador acabara de entrar en la casa sencilla, pequeña y oscura de las afueras de Chichi.

En la calle había un gran alboroto porque era jueves, día de mercado en Chichi. De he-

cho, donde vive Marvin no es una calle, sino una de las carreteras que llegan al pueblo. Y la casa de Marvin y unas cuantas más están apoyadas en la ladera de la montaña. Entre la casa y la carretera sólo hay unos tres metros, no más, y, para que los coches no invadan ese trozo y no atropellen a los niños cuando juegan, un día, ya hace tiempo, el padre de Marvin puso una valla hecha con unos cuantos troncos. Alguien del ayuntamiento se la hizo quitar, pero él, cuando se marchó el del ayuntamiento, la volvió a poner. Y todavía está.

En este trozo de patio Alma tiende la ropa, y los niños juegan todo el día mientras las gallinas picotean la tierra buscando gusanos y semillas para comer.

En medio del patio, la madre de Marvin hablaba con una mujer bajita y regordeta, con los pelos asomándose por debajo de un

turbante de colores, como el que llevan muchas mujeres en Guatemala. También su ropa era de colores. Pero Marvin se fijó en que era una ropa bastante sucia, y en que llevaba muy negras las uñas de las manos.

–Ven, Marvin.

Marvin pensó que, aquella mañana, su madre no sabía decir otra cosa que no fuera «ven, Marvin». ¿Cuántas veces se lo había dicho ya?

–Esta señora es Leonor, Marvin. Ve con ella.

–¿Adónde?

–Ahora te lo dirá.

Alma le dio un saquito con unas cuantas alubias y un trozo de torta de harina.

–Te lo comes al mediodía, cuando tengas hambre.

–¿Es que no comeré en casa?